

Sylvia Balmaceda

Fuego mortal



N el cartel del teatro se anuncia «La Grazie Perdutta». Es un film italiano lleno de pasión. El público florentino, en su mayor parte mujeres, se aprieta en una larga fila anhelosa por entrar a este extraño espectáculo. Las plumas de los sombreros, en su femenino revuelo, acarician las ásperas barbas de los hombres. La sala se invade de una cálida atmósfera de perfumes y pieles.

El teatro es un castillo florentino largo tiempo abandonado, sus plateas parecen suspendidas en el aire. A ellas se asciende por empinadas escaleras, que al llegar a cada piso bajan algunos peldaños. La ley popular asevera que esta curiosa disposición debíase al espíritu de su primer dueño, un noble que vivió atormentado por sus propias contradicciones, y que por impulsos de su arcano corazón determinó la arquitectura de su castillo, en la que pretende reflejar la trayectoria de su vida interior.

Una música disonante anuncia el comienzo de la función. Las luces parpadean y por fin caen como oscuros telones. El público distiende sus nervios. La oscuridad los ha devuelto a sí mismos.

Un desamparado paisaje de atardecer llena la sala, un árbol se retuerce bajo un viento asolador. La música copia en desastroso tumulto de notas esa lívida tempestad del film. Un ser fantasmagórico surge de las sombras, se aproxima: la luz da de lleno en su rostro macerado. «Es él»—se dicen todas. «Es él»—, repiten los muros, los viejos muebles, el aire, «Es él», exclama el público con fruición,—y hurgan en ese rostro, buscando las huellas que dejara su misteriosa vida. Centenares de ojos lo traspasan; las mujeres excitadas se recogen en sus sillas; los hombres, escépticos y burlones, piensan: «¿Será posible? Qué absurdo «Ellas se dicen: Cómo nos habría gustado conocerle. El Santo negro. El hombre de las visiones. Y una corriente muda parece exclamar: Que siga el film, pronto, queremos salir de nuestra realidad.

Todo parece impregnarse de supersticioso silencio. Los espíritus abren las puertas a lo sobrenatural y están dispuestos a comulgar con todos los absurdos.

* * *

Esta es la remota historia de un hombre que soñó mucho. Cuántos dominios prohibidos cruza el ser en su mente infinita.

Tiempos fueron aquellos en que la fortuna aseguraba el porvenir de los privilegiados y en que sólo había dos clases sociales, amos y servidores. El reparto era sencillo, pues ambos nacían con la conciencia de su destino: los unos mandaban y los otros obedecían. En estos siglos era más ancha y misteriosa la brecha entre lo femenino y lo masculino, afirmados en la conciencia de ser definitivamente hombres o mujeres. Esa diferencia, acentuaba la mutua curiosidad y preocupación.

Mas la humanidad es un rebaño que acepta los dogmas convencionales, se acostumbra a ellos y por fin los olvida. De este rebaño nacieron los rebeldes, los que caen mundo adentro y se encuentran en ese espejo central del universo.

De esos fué él; de esa primera categoría de hombres que no terminan de definirse entre el ángel y el demonio. De familia noble, creció en belleza y sabiduría; flexible, su figura recordaba la caña mecida por el viento; en la tierra, su andar parecía del cielo; viril, era delicado, audaz, era suave como las palomas que hacían nidos en su balcón. De ellas aprendió la voz queda y el parlotear silencioso, y de su padre, el espíritu guerrero de conquista y el sueño de la espada atravesada en la idea; la rectitud, el desprecio de la vida y el regalarse fanático a las emociones sin límites.

Creció solo, rodeado por la atmósfera umbría de su parque. Sus compañeros fueron los servidores. Con ellos iba a la caza, se batía en chanza y corría en su corcel con las riendas sueltas por los largos caminos.

En un pequeño bergantín y acompañado de su padre conoció los peligros del mar. Hombre y niño aprendieron a entenderse en silencio. Y aun en medio de la tempestad, el niño supo del padre el valor callado, junto a la grandeza de los elementos. Qué diferente era ese mundo inmenso y terrible al otro dulzón del ambiente del castillo, entre sus tías que huelen a almizcle y a caramelos de limón, que lo cubren con sus chales, esforzándose por retenerlo, dentro de una atmósfera de molicie. Sus tías, de grandes pechos tibios y con el corazón colgado al lado de la medalla de la virgen, desean verlo débil para poder estrecharlo entre esos extraños bultos de carne, que lo atraen y

rechazan, como si el llorar junto a ellos fuere propio de un hombre. Su padre era tan diferente; ante él se hubiera prosternado, como frente a una montaña; fortaleciéndolo ese algo de salvaje inconquistado, duro y eterno, que constituía su carácter. El manteníase indiferente a la vida de hogar, con su lento y seguro suceder, y su protesta era sólo un pertinaz silencio frente a la blanda ternura familiar.

Mas llega un día en que el niño pierde a su padre en una de sus travesías por el mar. El destino de aquel hombre grande como su vida, se cumple, desapareciendo sumergido por una ola misteriosa. Desde ese instante el niño siente que el mundo de su fortaleza se apega. Si se deja arrastrar por su pena demostrando su inmenso desaliento, caerá para siempre en ese ambiente azucarado de esas pobres mujeres ansiosas de hacerlo su presa, de humedecerlo con sus llantos y calentarlo en la triste aridez de sus pechos, reviviendo así sus carnes estériles con esas frescas y lechosas del niño.

Para darse fuerzas en esos momentos el joven recuerda la voz de su padre en medio del temporal, que, como un dios, le dice: Tu destino es llegar algún día a esa tierra remota e inexplorada, así penetrarás el misterio, realizando mi mayor esperanza. Júramelo— replica la voz quebrada por una sola inmensa lanzada a babor, apagándose su vida para siempre en esa última plegaria.

* * *

El niño llega a la adolescencia. Sus horas se llenan de conocimiento. Los profesores se turnan para aportar un nuevo material a esa inteligencia abierta al saber. Los principales estudios, lo inclinan a la

metafísica. Literatura, filosofía, teología, latín e idiomas, se mezclan en armónico concierto dentro de su mente. En sus estudios se remonta al Oriente y se siente subyugado por las leyendas de los Vedas, fuente de las religiones. Desde muy joven, conoce la raíz hondamente poética de toda creencia. En su fantasía de adolescente ve el sol convertido en Agni, y recuerda la hermosa leyenda que relata como este dios de sol, vive enamorado de Usha, amorosa deidad que duerme desnuda en la cuerda del horizonte y que al salir Agni y sorprenderla se cubre del rosado rubor de la aurora y huye de su persecución. Agni reparte fogoso sus rayos a la tierra y ella se hunde tras el alba pálida. A esta ficción se atribuye el día y la noche. La leyenda cuenta que un día Agni alcanza a Usha y que de ella tuvo un hijo llamado Lameya. Ese día se oscureció en el Universo.

Los libros sagrados de la India van despertando su interés por lo oculto y misterioso. Krishna impresiona su naturaleza llevada por lo sobrenatural; alguna vez él vivirá parte de los sucesos de esa vida.

Ha terminado sus estudios y está en plena juventud. Su pecho henchido como el trigo maduro respira profundamente la vida. A su alrededor todo es amable y bello. La corte lo arrastra, deslumbrado por su dorada frivolidad. El ambiente de lujo y molicie del siglo cautiva al soñador. Su personalidad le circunda de un halo delicado, que pronto le convierte en el centro de la corte. Desde ese momento empieza a existir lejos de sí mismo, divorciándose de su soledad, penetra íntegro en el ruidoso escenario del mundo. La bella condesa de Orsini, lo introduce en su salón, seducida por su singular aureola, es su favorito y ella le enseña las costumbres galantes de la época. Como en una

embriaguez corren sus días. Las cortesanas se disputan su favor. Mientras él bebe y ama, sus sentidos despiertan y permanecen atónitos frente a los placeres que le parece durarán eternamente.

Y así pasan sus noches, hundidas en la incitante vida de boudoir.

Transcurren los años en un tropel de días sin tiempo, perdida la voluntad y anulada la fuerza. Hasta que llega una noche, distante de todas, en que está señalado el despertar de su arrobamiento. Cansado, se queda dormido. Y en su sueño ve un mar oscuro y tempestuoso, y la voz quebrada de su padre que surge del fondo del mar, que le dice: «Júrame que irás allá, a esa tierra remota con la que tanto soñé».

La inmensa ola rompe sobre la barca de sus sueños, despertándolo intacto, como en otro tiempo, reconquistada su soledad, dentro de sí mismo, como una espada en su vaina.

* * *

El intermedio rompe el encantamiento de esas vidas que encuentran en el espectáculo un escape a sus ansias de emoción. En esas existencias no caben los grandes acontecimientos, sino la faena diaria que va hilvanando años como un largo rosario mil veces rezado. La música aúlla una extraña melodía. Las luces se apagan, y un suspiro general parece suspender un momento el techo de la sala.

* * *

El Oriente, con sus brazos milenarios, ha aprisionado al joven en un círculo hondo. Bajo su cielo relee las páginas sagradas de los utras y las poéticas de los

Upanischad. Mucho tiempo hacía que su alma incubaba los misterios de la transmutación y el conocimiento de esa corriente subterránea que a través del hombre desciende y asciende en el tiempo. El sabe ahora que ese fuego central de su ser es el que llegará a manejar como un dios.

Y así un día, lejano de todo y doloroso, prendado de lo eterno, traspasa los umbrales mágicos de su ser. Ya el mundo no será más que una ficción de ese verdadero universo interior que lo aprisiona para siempre.

Sus pasos lo llevan al Tibet. Recorre los conventos de los lamas y de los más antiguos penitentes, ejercitándose con ellos en el ascetismo viviendo como ermitaño hasta llegar a la convicción de que sólo por ese camino alcanzará la verdad. Así es como sus méritos y esfuerzos lo llevan a los pórticos de un templo donde se decide su entrada en la Orden más antigua que conocen los siglos. Desde ahora este hombre, habrá de contemplar su propia muerte, convirtiéndose en un semidiós; ya nunca los actos de su vida acaecerán como en el resto de los mortales. Dueño de su propio instrumento, podrá tañer la lira de su ser en todos sus acordes y el poder fascinante permanecerá retorcido en su voluntad como una serpiente, sin abandonarlo aunque por ello tuviera que condenarse o perderse.

* * *

Sumido en un letargo tiene la primera experiencia de su fe, que ahora crecerá, germinando dentro de sí mismo, como en las entrañas de la eternidad.

Es de noche. Está de pie junto a la ventana. Brillan las estrellas sobre «el Techo del Mundo». El se

inclina para sentarse a la manera de los lamas o para reposar como las flores del Oriente. Lleva su mirada hacia el vértice de su frente, hasta que un extraño letargo comienza a invadirle. Flúidos poderosos lo recorren, ascienden y descienden dentro de su pecho, como las viejas escaleras del castillo de su infancia. De pronto un ruido ensordecedor llena los muros de su celda. Se quema en el ardor del fuego y comienza a desvanecerse. Una certeza lo invade: no será capaz de resistir esas vibraciones espantosas. Cuando ya cree morir, abrasado a ese ardor, junto a sí aparece, suspendida en el aire, una fuente llena de agua hasta sus bordes. Como por un mandato él sumerge sus manos quemantes en esa fresca jofaina y luego las desliza por su cuerpo. Un dulce reposo y una gran paz lo aquietan. Se ha salvado. Es el agua imantada que apacigua el fuego. Lentamente despierta, hallándose en la misma posición en que se había quedado absorto.

* * *

El solitario aumenta cada noche sus conocimientos. Un nuevo mundo de milagros se abre, superando su poder. Alcanza la máxima experiencia en el suceso de su muerte y renovación de su sangre: sumido en letargo ha sido depositado en su lecho y junto a él, de pie, se mantienen cinco sacerdotes, con sus mentes concentradas. Uno de los monjes le rompe el pecho y el vientre con una espada. Brota sangre cayendo en charcos tibios dentro de dos ánforas. Los sacerdotes fijan sus pensamientos en esa sangre para impedir que de ella se escape el misterioso principio de la vida.

Luego la arrojan sobre su cuerpo inanimado y es reabsorbida por sus arterias.

Retorna de esa prueba de inmortalidad renovado y feliz, como de un apacible sueño. A su lado, en actitud hierática, se encuentra la figura espectral de un monje, que lo contempla renacer, sosteniendo una espada cuya lámina brilla como un claro de luna.

* * *

Separado del tiempo y de la realidad por algún intersticio de su corazón, penetra un nuevo día y una hora que para él serán definitivos. Como un disparo lejano, la noticia de la muerte de sus tías y la posibilidad de regresar para hacerse cargo de sus posesiones, inclina el péndulo de la balanza. Un naufragio de recuerdos fueron emergiendo en la superficie de esa mente encantada. Es una prueba, otra prueba más. Volver a su tierra, a su infancia, a lo absolutamente lejano, volver como un extraño que camina aislado en su propio e inmenso secreto. Para siempre distinto, solitario y poderoso, con las siete llaves de los astros en sus dedos macerados.

* * *

Italia dorada y risueña, mecida por el tibio y azul Mediterráneo, con su cálida atmósfera de vida mortal, de cantos y amores, va enriqueciendo las venas del soñador. La sangre toma una densidad roja de vino ardiente, los sentidos se atropellan, como moscardones heridos de sol. La luz cae como lluvia de oro sobre los labrados pórticos, sobre las cabelleras de hilos dorados que amarran el corazón a lo bello y efímero.

Florenxia. El viejo castillo con su parque umbrío, y la luna de sus espejos reflejando su absurda figura; los espejos, con sus marcos pesados de adornos, sonriéndole lánguidos, le ofrecen sus pupilas incoloras para reflejarse en ellas.

El sueño y el despertar en su lecho renacimiento, joya de familia que se fué heredando con toda la carga de otros sueños, entrelazados en el fino brocado con las pasiones dormidas en cada hebra de seda. Aquí, el Oriente, es sólo un recuerdo. Una aventura sobrenatural. El fuego de la vida mantenida como una antorcha en la soledad y en el silencio quema ya la carne olvidada de todos los placeres. Los sentidos despiertan como genios traviosos y asoman memorias seductoras de un lejano pasado. Rostros femeninos se acercan a su recuerdo como ramos de flores que él desea aspirar hasta la embriaguez. Es rico, es poderoso y su juventud aún, es un arco extendido a los extremos. Enflaquecido por el ayuno, vestirá finas telas que suavizarán su rudeza. Y volverá a los «boudoirs» perfumados, sumergiéndose hasta perderse en sus plumas y muselinas.

Es de noche, las candilejas brillan. En el palacio se oyen risas de Femeninos y aletazos de abanicos. El hombre bebe en una copa dorada, bebe en los labios de una mujer hermosa. Ella ríe, pero él está sombrío y misterioso como un árbol. Sueña con retornar a la primera morada, al seno materno y primordial, a lo indiferenciado. Su voluntad tensa como una cuerda, suelta sus amarras. ¿Podrá volver a perderse en la opacidad del limbo? La infancia ha llorado en él. Es un niño para el cual la mujer es como la diosa Siva, inmensa, que lo protege y acaricia con sus múltiples brazos. Es el otro extremo del camino. Siente

ese feliz deshacerse y debilitarse. ¿Cuál será el despertar? Para este hombre ya no es posible el olvido, ya no hay sueño, ni despertar; no podrá abandonar jamás la conciencia, la íntegra posesión de sí mismo. Sus poderes le convierten en un dios o en un demonio. Dos mundos luchan en él. No podrá entregarse, estará siempre frente a su imagen, mirándose vivir. Los placeres que antes lo embriagaban ahora lo vuelven lúcido e implacable. Permanece al margen de lo humano. La locura de lo prohibido no se detiene en esa naturaleza que camina mundo adentro. No habrá reposo en su mente sabia, ni en su vida llena de aventuras que sólo serán ventanas por donde asoma la nada.

Atraídas por el misterio, llegan las mujeres a quemar sus alas en su presencia. ¿Qué podría unirlo a esas dulces muñecas que hacen reír y llorar como marionetas para distraer su gran hastío? La desesperación de su lejanía lo impulsa a alcanzar los extremos de la pasión.

La leyenda cuenta que la corte fué su mejor campo de experimentación, con sus mujeres corroídas por el ocio y ansiosas de penetrar lo extraordinario.

Un día, pasa por su umbral la virgen de Florencia.

Despuntan las primeras luces de la mañana. Las campanas rompen alegremente la hora de cristal. Las gotas de rocío brillan en los jardines como diamantes, los fieles desfilan a la oración.

Isabella, la virgen, se viste de luna y cubre sus cabellos con un manto para saludar el alba. Pronto irá al convento. Sueña, cándida, con su desposorio divino, toda blanca de tules, tomada de la mano invisible de Dios. Su hermosura, más pertenece al cielo, su figura es alta y fina como una torre medioeval y sus manos transparentes y frías como las de los santos.

Ella no cree en las sombras, porque su corazón está lleno de un diáfano amor por todo lo viviente. A través de una ventana ve un rostro marcado por la vigilia, con una expresión honda y desgarrada. Las vecinas le refieren la historia de aquel noble, joven y hermoso, que vive encerrado en su morada, con sus muros guarnecidos por colecciones de mariposas de colores, que él clava vivas de sus alas finas para su solitaria contemplación.

Isabella es un alma crédula. La fe guía sus pasos aún en el camino de lo absurdo. Ella piensa que salvará a este nuevo Moisés de la corriente oscura de sus aguas mostrándole el mundo como ella lo ve, pleno de luz y de armonía, de perdón y bondad para los seres. Qué hermosa es en su arrobada meditación.

Con qué finos materiales modelaron los ángeles a esa delicada criatura. Así la contemplan los ojos del hombre solitario y su sencillez toca su corazón de una nueva dulzura.

El amor verdadero y hondo será su última aventura; un sentimiento distinto, una completa y eterna unidad de su ser, fundido en otro, uno y total a través del tiempo.

Las reflexiones del hombre surcan su corazón mientras contempla el tranquilo andar de la virgen: «Ella no irá al convento,—piensa—; la estrecharé en mi círculo para siempre. Esta es la Gracia que vuelve a mi ser. Con ella retornarán también mis visiones perdidas».

Mas la Gracia ya no volverá a esa alma que ha jugado con su poder, descendiendo a los últimos límites de su destino. Ya no sabrá subir sin descender. El Paraíso está perdido y él mismo se ha trocado en el Arbol de la Ciencia del Bien y del Mal. La mente

poderosa atrae los pasos de la virgen a sus desolados dominios.

La primera sombra de un augurio estremece a la joven, pues ya nadie la salvará de su precipitación en lo desconocido.

Juntos caminan por las calles de Florencia y hablan serenamente al caer el sol. El hombre recuerda su infancia, mientras ella aparece como una flor de loto deslizándose por la superficie cristalina de su vida.

Una noche, después de la oración, la joven tuvo un extraño sueño. Su amigo, se había transformado en un toro, con ojos tristes y sabios de hombre, que se hincaba a sus pies y lamía humildemente sus manos de santa, para aquietar el miedo que le producía su forma.

A ese contacto, algo nuevo crece, como una rara planta, en el corazón de la niña; lenguas de fuego le queman sus nervios en un deseo desesperado e inexplicable. Deserta sacudida por esta emoción. Sobre sus ojos se han posado dos sombrías alas de presentimiento.

Los días son como un imán que la atraen a mirarse en el espejo del abismo. Ambos marchan embrujados bajo el cálido sol. Ella se deshoja, sacudida por la tempestad de una extraña pasión. Los sueños se suceden, perturbando la mente límpida, formando círculos, arrugando la superficie lisa, con sus extrañas visiones. Siempre es él bajo los más variados aspectos, con sus ojos sabios y tristes, como ella los viera por primera vez. Ahora es un gañán de cuerpo oscuro y retorcido, áspero y nudoso, surgido de la tierra, como un árbol, terminando en un rostro afilado y sarcástico que la persigue como una mordedura. A su alrededor crecen las vides de pesados gajos, vertiendo su jugo rojo por las arterias de la tierra morena. Las vides de

Italia bajo su claro sol como cuncunas de oro desliziándose por las venas. Y el Arno, que brota entre pedruscos, bañando las desnudas estatuas, colmando las fuentes de su agua cantarina.

Es el amor de la virgen que despierta en las profundidades de su ser, como el manantial de la peña resaca.

* * *

Ella desata la trenza y deja caer la noche de su cabellera. No puede dormir. La vigilia ha tendido agujas a lo largo de sus nervios. Espera y llama desde el fondo de su ser. El hombre la presiente, y va tendido en el arco de la noche a posarse en su corazón. Juntos traspasan los límites de la naturaleza y escalan la última cima del olvido. Se detienen al borde de la disolución. Atraviesan la zona prohibida. Son como dioses. Por un momento se suspende el latido del tiempo y encuentran la eternidad de un instante. La corriente lunar los atrae y en su peregrinaje van perdiendo el peso que los ata a la tierra. Ya no son más que hojas que corren a disolverse en el firmamento.

Sobre la tierra del jardín, la niña recoge la trenza por donde subió a la luna. Está pálida, semi despierta de su jira por otros mundos. Como una garra se ha clavado en ella la locura. El firmamento es un círculo hondo e infinito en donde no se detiene en su caída el que recorrió los siete senderos de luz y de sombra. La locura la envuelve apretando sus anillos en torno a su ser.

La virgen está loca, vaga por los mundos en una barca roja. Desciende con su alma inmortal a los estratos profundos, al mineral, al fuego, al agua; cruza

los elementos y aun busca en su locura el fin de su angustiosa eternidad.

La virgen se ha vuelto loca—parecen decir los árboles crujientes y retorcidos por el viento, con sus brazos de desesperación— Los intersticios de las ventanas silban y el temporal asola el viejo castillo.

El hombre yace rígido en su lecho renacimiento. Un manto lívido cubre su cuerpo. Regresa en su sueño a la remota tierra del Tibet, al Templo de Los Lamas. Junto a él se encuentran nuevamente los cinco sacerdotes austeros e imponentes. El antiguo rito se repite, pero esta vez es para arrebatarle el dominio de sus poderes, contempla cómo va siendo despojado de su espíritu superior. La espada del poder le es arrancada del cinto; como un guerrero vencido entrega sus condecoraciones. Y de su cuerpo, ascendiendo hacia su cabeza, se esfuman largos tules blancos, evanescentes. Lentamente su alma lo abandona, precipitándolo en los hondos cráteres calientes de la tierra; se sumerge en la lava espesa y metálica; sus ojos van perdiendo la luz y descubriendo la veta profunda del planeta. Disminuye su vista. Está dentro de un círculo estrecho y apretado. Pequeños corpúsculos mueven la tierra y gusanos rasguñan su cuerpo. La respiración se detiene, la tierra le inunda todo. Cree morir; mas de pronto, irrumpen del fondo sus brazos como dos raíces poderosas que rompen el círculo que lo oprime. Siente la angustia de reventar en sus brotes y de penetrar en el reino vegetal. Luego se hunde otra vez, lo estrecha un universo pequeño en un embudo de vísceras, paredes temblorosas palpitan como adentro de sí mismo. Un dolor agudo gime en él: Es el Seno Materno. El dolor de volver a nacer. Ha cortado su

unidad, regresando para siempre a la vida mortal, al dolor de vivir y de morir.

Los sacerdotes se inclinan sobre ese pequeño cuerpo infeliz y le devuelven su «castigo del eterno retorno».

* * *

La función ha terminado. Las luces parpadean y encienden sus lágrimas. Un silencio denso envuelve la sala. El absurdo se ha detenido un instante sobre esos seres. Al levantarse de sus butacas pasean sus ojos perplejos por el extraño recinto y se preguntan si no será ésa la morada del extraño personaje. Quizá nunca existió ese castillo, ni ese público y aquélla fué sólo la mansión interior de un hombre que vivió en cualquier tiempo del mundo y que afrontó el drama de su propio pensamiento ilimitado.

La novelería se rompe el agudo compás de un tango sobre un piano desafinado y aparece, con su raída blusa, la pianista que estropea las notas cada noche, para alimentar a su niño pequeño.

No toques más, mujer, ganarás el pan con tu silencio.

Déjanos soñar, por lo menos hoy».